

De alguna manera el Éufrates era el verdadero camino de los semitas nómadas que entraban en contacto con Asiria. Subiendo a lo largo de sus orillas, hacia el NO., llegaban a la ciudad de Harran, que era como su punto de enlace. De allí, muchos volvían al Éufrates, pasando por Tapsaca o Biredjik; luego iban por los desiertos de Siria, al Este del Antilibano, países muy estériles desde el punto de vista asirio, pero ventajosos para la cría de ganados. Eran muy aficionados a la tierra de Us o Aus, morada actual de los anezis, al país de Terach, a la región de Damasco, y al sur de Palestina, donde los cananeos no habían entrado. No se acercaban a la costa. Deberían sentir por el mar la misma aversión que los árabes y creían que era una supresión desagradable de una parte de la creación.

Aquellas tribus, al principio transeufráticas, convertidas en ciseufráticas por el paso del río, tenían el nombre genérico de hebreos (*Ibrim*, del otro lado) bien porque tomaran este nombre cuando quedó el Éufrates entre ellos y sus congéneres que se quedaban en el Paddan Aram, ya que los kenaanis los llamaron «los de más allá» o «los que pasaron el río». De todos modos, los ibrim se nos presentan íntimamente enlazados con los arfaxaditas (gente de la provincia montuosa, al norte de Nínive) en las ciudades de Paliga, Ragho, Sarug y Nahor. Después se encuentran transportados de pronto a la Traconítida, al Sur de Damasco y a la región de Harran. Aunque fuese grande la distancia que entonces

los separase del Paddan Aram, no dejaban de volver la vista hacia su antigua patria, especialmente hacia Harran.

Interiormente la familia teraquita se resquebrajó, pero nunca perdió la conciencia de su unidad. Aquella familia fue la que guardó celosamente la religión de Ur-Cardim y quiso a la fuerza tener por padre supremo a Ab-Orham. Su tradición constante era que Terach, padre de la raza, era oriundo de Ur-Cardim, y que Ab-Orham era su hijo. Este Ab-Orham se nos presenta a veces como hombre y a veces como dios. Las tribus se lo figuraban en su origen con la representación de abuelo supremo y patriarca divino. Los hebreos pronunciaban su nombre Abraham, interpretado como «Padre de muchos pueblos», pero a veces alteraban este nombre y le llamaban Ab-ram, «Padre Alto», para tener un sentido más apropiado con el papel que se le atribuía. Era un padre pacífico y humano. Se decía que, teniendo el deber de sacrificar a su hijo primogénito, lo había cambiado por un cabrito. Era una honra descender de este civilizador, de un hombre que había tratado con Él o Jehová. También figuró un Abraham entre los reyes fabulosos de Damasco, y si lo tomaron de las tradiciones bíblicas tuvo que ser antiguamente. Descender de Ur-Cardim era para todos los hebreos, un título de alta nobleza. Alcanzaron tanta celebridad en la historia los hebreos israelitas, que tomaron ellos solos el nombre de hebreos, pero originariamente, se aplicó éste a otros pueblos. Los amonitas, los edomitas y los moabitas se consideraban descendientes de Abraham y siempre se sintieron hermanos. Esta fraternidad pesó a veces a los israelitas, que con tanta frecuencia menospreciaron a sus congéneres. Amón, Edom, Moab e Ismael se verán emparentados más adelante con el padre de las razas a través de leyendas injuriosas y en ocasiones obscenas. Pero muchos rasgos históricos conservados en la memoria de Israel eran más importantes que el odio, y demostraban que aquellos pueblos estaban estrechamente emparentados unos con otros.

Era muy importante el parecido religioso. La religión de los moabitas y edomitas se debió de diferenciar muy poco en su origen de la de los israelitas. Particularmente Edom tuvo ya antiguamente una escuela de sabios, la de Themán, en que se trató el problema de la vida desde el punto de vista de la filosofía monoteísta de los hebreos, intentando dar un sentido a la existencia admitiendo sólo dos principios fundamentales: el Dios eterno y el hombre pasajero. Las numerosas tribus árabes consagrados al culto de Él, como ismaelitas, adabelitas, madianitas, etc., que vagaban o traficaban por los desiertos de Siria y del norte de Arabia, bastante más animados entonces que hoy, no tenían probablemente otra teología. Finalmente, los episodios de Melquisedech, sacerdote de El-Elion, y de Abimelek de Guerara, aunque no son históricos, demuestran que en la unión de los desiertos de Arabia y Siria había una gran zona de culto relativamente puro.

Cuando los hebreos se extendían por las partes orientales de Siria, encontraban por todos lados pueblos parecidos. Ismaelitas, madianitas y una serie de tribus árabes agrupadas con el nombre de Cétura y Agar

fueron consideradas como abrahamidas. Todos aquellos pueblos atravesaban las diversas uniones de la misma genealogía; comprendían recíprocamente sus dialectos, y sus costumbres venían a ser las mismas. Eran como una gran cofradía desde Harrán hasta el Negeb (sur de Palestina). Todos estos grupos dispersos se trataban como hermanos y se ayudaban como miembros de una familia diseminada.

En cambio las relaciones de los teraquitas con los cananeos eran muy malas, aunque los kenaanis hablaran una lengua similar a la suya y perteneciesen indudablemente a la misma raza. Más adelante, llevados por un odio atroz, negaron los hebreos este hecho. Pero tener el mismo idioma, sin que pueda ser explicado por ninguna conquista, es una consideración superior a otra cualquiera. Los cananeos y los teraquitas eran parientes próximos, y en ciertas ocasiones lo confesaban así los israelitas cultos; pero el carácter de los hebreos y su género de vida eran completamente distintos de la de los cananeos. Los hebreos fueron siempre nómadas y pastores, y conservaron después de establecerse, la clase de vida patriarcal, la aversión a las grandes ciudades y a los Estados organizados.

Existe una hipótesis que no es totalmente imposible. Los antiguos críticos la consideraron y los recientes descubrimientos de la epigrafía le han dado cierta verosimilitud. Es la de que los abrahamidas, antes de su entrada en el país de Canaán, hablaron arameo, y al entrar en él adoptaron el idioma del país, o sea el hebreo. El hecho de que en el desierto árabe no haya más que inscripciones arameas, algunas de las cuales son antiquísimas, hace suponer que los abrahamidas hablaron al principio el mismo dialecto que encontramos en estos pilares antiguos, levantados por nómadas que se parecían mucho a aquéllos. Pero incluso con este este sistema no debe aceptarse. Según él, el cambio de idioma que se atribuye a los beni-israel, habría que atribuirlo también a los moabitas y edomitas. Los moabitas hablaban, sin lugar a dudas, el mismo lenguaje que los israelitas. Habrá que suponer que Moab e Israel se habían puesto de acuerdo para cambiar el idioma simultáneamente. Es admisible que los beni-israel en su contacto íntimo con los cananeos, adoptaran la lengua de éstos, pero no pudo ocurrir lo mismo con Moab, Edom ni Amón, ya que no se establecieron en puntos anteriormente cananeos. Moab, Edom, Amón, Canaán e Israel, hablaban la misma lengua a consecuencia de una convivencia originaria que constituía un parentesco bastante próximo y no a causa de cambios resultantes de emigraciones o conquistas.

Los pueblos que hablaban arameo, atendiendo únicamente a la gramática, debe juzgárselos separados de los hebreos por una escisión profunda, que se remontaba a miles de años. Pero también debe atenderse a la simpatía de las razas. Laban, el padre de los pastores que hablaban arameo, estaba muy relacionado con isaakitas e israelitas. Los matrimonios entre ambos grupos eran continuos. Toda esta gente habitaba la misma zona de pasto, desde el Éufrates hasta el mar, excepto las costas, y tuvieron más de un choque, que nunca trajo consigo ruptura completa.

Cuando aparece mayor, se acentúa la separación, el Galaad es el límite entre el arameo y el hebreo. Un *gal* o *menhir* indica la línea divisoria, los pueblos hebreos del sur y el oeste le llaman Galeed, y los arameos de Damasco *Iegar sahaduta*. Laban y Jacob juran por el mismo rito, erigiendo un túmulo, y comiendo encima. El «montón de testimonios» debe recordar a hebreos y arameos que se han dado íntimamente sus hijas en matrimonio y que tienen los mismos antepasados y el mismo Dios. Éste es el Dios de Abraham.

Había más diferencia entre hebreos y kenaanis que entre las diversas familias nómadicas comparadas entre sí. Sin embargo, entre los pueblos confundidos imprecisamente con el nombre de Canaán, varios tenían con los hebreos, y especialmente con los israelitas, mucha analogía. Así los gibilitas (habitantes de Biblos y Berite) que forman en Fenicia como un islote aparte, adoraban a *El* y tenían gran parecido religioso a los israelitas. Pareciase más su dialecto al hebreo que el de los cananeos propiamente dichos.

La geografía lingüística de Siria estaba ya fijada para bastante tiempo. La lengua que llamamos hebreo se hablaba en la costa de Aradus a Jaffa, en toda la Palestina y Celesiria hasta el Hamat. El arameo se hablaba en Damasco, en la vertiente del Antilibano, en la región de Alepo, en el Paddan Aram y en los desiertos de la Arabia del Norte. El árabe existía indudablemente con todos sus refinamientos gramaticales, en el centro de Arabia, hacia la Meca, pero era totalmente desconocido en los países que ahora estudiamos. Lo probable es que los ismaelitas y los ceturienses hablaran un dialecto hebreo o arameo y no el árabe en el sentido que se le da desde los tiempos del islamismo.

Sin lugar a dudas, del hebreo fenicio derivaban dialectos. Los pueblos teraquitas debían de hablar idiomas casi idénticos, pero entre el fenicio y el hebreo había diferencias reales. Sin embargo, es probable que se entendieran perfectamente un *kenaaní* y un *ibri*, mientras que un *ibri* y un *arammí*, vista la poca facilidad de un analfabeto para abstracciones de variedades dialécticas, no se entendían. Sin alcanzar la infinita delicadeza del árabe del centro de Arabia, el hebreo-fenicio llegaba a alto grado de flexibilidad y perfección y era muy superior al arameo, cuya pesadez no le hacía apto para la elocuencia y la poesía originales.

Un carcaj de flechas de acero, un cable de potentes torsiones, un trombón de metal, rompen el aire con dos o tres notas agudas: eso es el hebreo. Tal lenguaje no expresará ni un pensamiento filosófico, ni un resultado científico, ni una duda, ni un sentimiento de infinito. Las letras de sus libros no son muchas, pero son de fuego. Dicho idioma dirá poca cosa, pero parecerá que martillea sobre un yunque. Esparcerá olas de ira; gritará rabiosamente contra los abusos del mundo; invocará a los cuatro vientos del cielo al asalto contra las fortalezas del mal. Parecido al cuerno jubilar del santuario no servirá para usos profanos, nunca expresará la alegría innata de la conciencia ni la serenidad de la naturaleza, pero predicará la guerra santa contra la injusticia y los lla-

mamientos de las grandes panegirias: tendrá acentos de fiesta y acentos de terror: será el clarín de las neomenias y la trompeta del juicio.

Por fortuna, los helénicos compondrán, para expresar las alegrías y las tristezas del alma, un laúd de siete cuerdas, que sabrá vibrar al unísono de cuanto es humano, un órgano de mil tubos, igual a las armonías de la vida. Grecia conocerá todos los arrebatos, desde la danza en coro sobre las cimas del Taygeto hasta el banquete de Aspasia, desde la sonrisa de Alcibiades hasta la austeridad del Pórtico, desde la canción de Anacreonte hasta el drama filosófico de Esquilo y los sueños dialogados de Platón.